

CUBA: LA INVASIÓN MAMBISA HACIA OCCIDENTE DURANTE LA GUERRA DEL 95. ALGUNOS ASPECTOS MILITARES Y POLÍTICOS DESDE EL PUNTO DE VISTA CUBANO

Rolando RODRÍGUEZ GARCÍA
Secretaría del Comité Ejecutivo del
Consejo de Ministros de Cuba

A lo largo de la guerra de independencia librada entre 1868 y 1878, reiteradamente las tropas insurgentes cubanas trataron de llevar la contienda más allá del centro de la isla, hacia las comarcas del Occidente, donde se concentraba la riqueza azucarera. Esta encomienda le fue hecha al general Máximo Gómez, pero las disensiones internas en las filas mambisas, en lo esencial a causa del regionalismo, dieron al traste con el esfuerzo cuando ya los cascos de los caballos de su vanguardia pisaban el suelo de Matanzas. Bajo el mando de Gómez, en un primer intento, había participado el joven general Antonio Maceo.

Durante el período de la tregua que siguió a la guerra de los Diez Años y a la Chiquita (1879-1880), tanto Máximo Gómez como Maceo pulieron la idea de la invasión. Al estallar un conflicto, que estaban seguros no tardaría en producirse, su gran objetivo debía ser impedir que la guerra quedara confinada una vez más a las provincias orientales: esta vez los montañeses de Oriente, la caballería camagüeyana y los guajiros villareños debían llegar hasta los valles tabacaleros de Pinar del Río.

Una vez en Cuba, en abril de 1895, los jefes cubanos se dedicaron a forjar el arma mambisa. Pretendían emprender cuanto antes la misión trazada. Uno de los puntos considerados en la famosa entrevista de la hacienda La Mejorana, entre Martí, Maceo y Gómez, fue precisamente el del paso a Occidente. Martí cayó en Dos Ríos y, poco después, en cumplimiento de sus postulados, se celebró la convención de Jimaguayú que dotó de constitución

al campo insurrecto. Sólo esta tarea pudo retardar que los dos genios del arte militar cubano, el zorro viejo y el león de la guerra, entregaran enseguida toda su energía al plan que los llevaría al otro extremo de la isla: una de las empresas militares más complejas y osadas desarrolladas en las contiendas americanas.

Por disposición de Gómez, que había comunicado a Maceo su designación como jefe de esa campaña, cada uno de los dos Cuerpos de Ejército de Oriente debía aportar mil cien hombres a la fuerza expedicionaria. Pero su formación no estuvo exenta de inconvenientes. No fue fácil que José Maceo entregara los mejores hombres y armas para la empresa; mas, al fin, cumplió las órdenes y condujo la tropa elegida a las inmediaciones de Mangos de Baraguá con el fin de ponerlas a las órdenes de su hermano. El aporte de las fuerzas del segundo Cuerpo, fue más complicado. Su jefe, el general Bartolomé Masó, había sido convencido por asesores impregnados de regionalismo que la invasión a Occidente se volvía una idea descabellada y comenzó de manera deliberada a dilatar la entrega de la fuerza.

A mediados de mes, Maceo, en tanto esperaba que Masó, a pesar de todo, pusiera a su disposición las tropas, recibió en su cuartel general de Canastas al gobierno. El Consejo se proponía acompañar al ejército invasor en parte de su ruta.

El 22 de octubre la hueste invasora partió rumbo al poniente. Sus fuerzas, al unírseles cerca del campamento de Mala Noche dos regimientos, estaban formadas por unos mil cuatrocientos hombres¹, cuyo grueso pertenecía a la caballería. A esta tropa se unían trescientos ayudantes y conductores de la impedimenta, los acemileros. El Arma de Caballería, a causa de su avance rápido, sería vital en la empresa. Sin embargo, también los infantes se volverían imprescindibles cuando llegase el momento de operar en terrenos donde a la fuerza montada no le fuera fácil maniobrar. Con ella podría contarse, porque aquellos vigorosos campesinos de Oriente, mandados por el veterano Quintín Bandera, formaban la tropa más increíblemente andariega y resistente del mundo. De todos modos, Maceo no debió sentirse tranquilo al contemplar sus tropas. Sabía que la campaña prometía los más grandes riesgos y azares, y las canaņas estaban casi vacías (unos diez tiros por combatiente) y el armamento era inferior e insuficiente. Además, la cooperación de fuerzas de diferente origen no estaba plenamente establecida y, muchas veces, los oficiales acababan de ponerse a su frente. Junto a los jefes veteranos de las contiendas pasadas estaban jóvenes e improvisa-

¹ MIRÓ ARGENTER, José: *Crónicas de la guerra*. La Habana, 1970, p. 80.

dos oficiales que, si bien desde su llegada al campo de batalla le habían demostrado ser bravos en la pelea, todavía estaban lejos de poseer toda la pericia necesaria para la lidia. En cuanto a calzado y vestuario, poco había que decir. Y de los alimentos para una columna tan voluminosa, sólo cabía esperar que la generosa tierra cubana los proveyese a su paso. Su situación venía a ser la imagen inversa del adversario al cual se enfrentarían. Por añadidura, ahora avanzarían por terreno llano y desconocido, y no tendrían retaguardia para refugiarse. Por ende, de su lado qué quedaba: la fe en la causa que sostenían, una voluntad indomable, un coraje sin tasa y, sobre todo, el talento guerrero que pudiesen desplegar. En especial, había que contar con el de Maceo. Resultaba, sin dudas, uno de los más inteligentes militares que había dado América y, como si fuera poco, poseía otra cualidad nada despreciable: creaba en los hombres que le seguían una fe ciega en su dirección.

Para hacer cumplir la orden de que el segundo Cuerpo entregara a la columna invasora las fuerzas dispuestas, Máximo Gómez depuso del mando al general Masó. Sólo el 21 de noviembre en Antón (Camagüey), cuando ya Gómez, después de haber pasado el 30 de octubre la trocha de Júcaro a Morón, estaba en Las Villas, recibió el lugarteniente general esas fuerzas, pero en lugar de los ochocientos hombres que por fin se fijaron, únicamente se presentaron doscientos treinta². Sólo por el camino habían desertado más de cien. Se volvía el resultado del sabotaje de los enemigos de la invasión. Mas, para entonces, ya las filas de la caballería de la columna invasora habían alcanzado los mil trescientos hombres, gracias a las fuerzas que el general José María Rodríguez, *Mayía*, a quien el general en jefe había encargado el mando del Tercer Cuerpo, de Camagüey, había puesto a disposición de Maceo³.

Durante la marcha hasta ahí, el general había eludido, con el empleo del movimiento, pendencias frontales con las tropas españolas. A esto contribuía que la organización militar del país ibérico no estaba preparada para atajar aquella centuria que volaba en marchas que parecían imposibles y, por eso, llegaban sólo a tiempo para encontrar el polvo levantado por la retaguardia de sus perseguidos.

Para las armas hispanas, lo peor resultaba que el capitán general, Arsenio Martínez Campos, había confiado en que los insurrectos no pasarían de partidas a masas organizadas de combatientes y, también, que las huestes invasoras nunca cruzarían la trocha de Camagüey, y no tomó mayores medi-

² *Ibidem*, p. 96.

³ *Ibidem*.

das para enfrentar el rayo que se le venía encima. Cuando los corceles mambises pasaron de Tunas, ya era tarde para remediar la situación.

La comprensión de la desesperada demanda de armamentos y, por tanto, de dinero, llevó a que durante la marcha, el 29 de octubre, el consejo de gobierno acordara el envío del secretario de Relaciones Exteriores del gobierno, Rafael Portuondo Tamayo, al extranjero con el carácter de comisionado especial para reforzar las gestiones que hacía la delegación de Nueva York, con vistas a buscar fondos mediante el préstamo de financieros norteamericanos. El empréstito estaba condicionado por éstos a que el gobierno de Estados Unidos reconociera la beligerancia mambisa⁴. Con vistas a buscar los avales del caso en varios países de América Latina, Antonio Maceo les escribió a varios mandatarios del continente, Ulises Herraux, *Lilís*, de Santo Domingo; a su amigo Eloy Alfaro, de Ecuador; a Joaquín Crespo, de Venezuela, y a Porfirio Díaz, de México, y a todos solicitó que garantizaran de forma mancomunada un empréstito de un millón de dólares para la adquisición de pertrechos. Les dijo, convencido: *...de suerte, pues que la revolución se halla en camino de asegurar su triunfo definitivo. Para ello solamente nos hace falta armamento suficiente*⁵. Herraux y Alfaro respondieron favorablemente a la petición, pero la operación nunca se concretó. En el caso de Herraux, no es difícil creer que todo se trató de un gesto de su doble juego, pues desde años atrás lo había establecido con el capitán general de la isla Luis de Prendergast⁶. Pero la gran razón de la frustración de la operación estribaría en que el reconocimiento de la beligerancia cubana por el gobierno de Washington nunca llegaría. A todas éstas, debe observarse que Maceo había buscado la garantía no en Estados Unidos, sino en Hispanoamérica. Su olfato político mostraba con esto toda su agudeza: no quería que Cuba se pusiera de ninguna manera en manos del vecino poderoso.

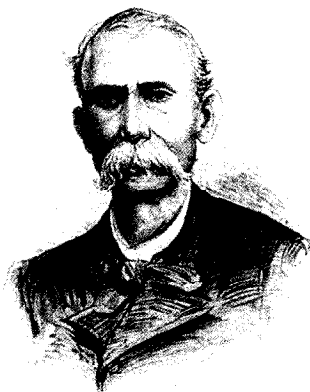
La reiteración en las comunicaciones del tema de la falta de pertrechos, dice a las claras el estado desesperado de las armas mambisas al respeto. Una carta del mismo día en que Maceo redactó la suya a los presidentes hispanoamericanos, describe muy bien la situación en que habían quedado las tropas que permanecieron en el territorio oriental. El 30 de noviembre, Car-

⁴ «De Maceo a Estrada Palma» en *La revolución del 95 según la correspondencia de la delegación cubana en Nueva York*. 21 de noviembre de 1895. La Habana, 1932, tomo II, p. 311.

⁵ Archivo Nacional de Cuba. Delegación de Cuba en Estados Unidos: «De Maceo a Porfirio Díaz», correspondencia 1895-1898, 30 de octubre de 1895, caja 116, leg. 15.769.

⁶ Archivo Histórico Nacional, Sección de Ultramar, (AHN/U), Madrid, leg. 4.822, sin número de expediente. Carta adjunta a un informe del Capitán General de la isla al ministro de Ultramar. 14 de agosto de 1883.

CUBA.—PRINCIPALES JEFES REVOLUCIONARIOS.



MÁXIMO GÓMEZ.
Titula la general del ejército cubano en la pasada guerra.



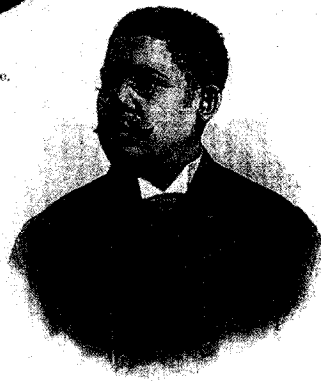
GUILLERMO MONCADA-GUILLERMÓN.
Titulado heralder del ejército cubano en la pasada guerra.



JOSÉ MARTÍ.
JEFE DEL PARTIDO SEPARATISTA CUBANO.



ANTONIO MACEO.
Titula la general del ejército cubano en la pasada guerra.



JUAN GUALBERTO GÓMEZ.
Organizador del partido de la gente de color en Cuba.

los Aguirre, que había llegado en una expedición, escribía a su hermano el coronel José María, para confiarle que en el campamento de Jauco, en Baracoa, donde estaba, había ochocientos hombres todos desarmados a excepción de unos veinte que exhibían viejas escopetas para las cuales disponían cuando más de cuatro cartuchos. Añadía que hacía poco habían arribado allí las tropas del coronel Félix Ruenes, compuestas por unos doscientos hombres, de los que, en total, cuarenta estaban armados de escopetas, quince de tercerolas remington y dos de relámpagos (carabinas colt 44). Seguía diciendo que, después del desembarco, por toda la ruta seguida habían visto a un sólo combatiente calzado. Según afirmaba, a pesar de todo en el territorio mambí reinaba gran entusiasmo⁷. Sólo al día siguiente, Francisco Palomares, ayudante de Ruenes, le escribiría a Benjamín Guerra, tesorero del Partido Revolucionario Cubano, para solicitar el envío de remingtons 43 y relámpagos, y para fundamentar su ansiosa petición de auxilio, le decía que de casi tres mil hombres del regimiento Rosado, únicamente ciento veintitrés estaban armados⁸. Por su parte, el 1 de noviembre, el general *Mayía* Rodríguez escribía a Tomás Estrada Palma, el jefe de la delegación cubana en Nueva York y, luego de exponer que la situación de la revolución era buena y el entusiasmo grande, solicitaba pertrechos bélicos: *Si tuviéramos suficiente armamento tendríamos 30.000 hombres de ejército*, le aseguraba⁹. Para comprar pertrechos le remitía tres mil pesos en oro estadounidense. Por su parte, el presidente del consejo de gobierno, Salvador Cisneros Betancourt, también en carta a Estrada Palma, hacía ascender la posible cifra de los que podían armar a cincuenta mil hombres¹⁰.

En aquellos momentos, en el campo español se hacía evidente la difícil situación planteada por la insurrección. El ministro Castellanos, al enviarle en el verano a Martínez Campos un millón y medio de pesetas, le decía con cierta indolencia por la sangre despilfarrada, que España podía perder hombres en la contienda pero no sostener un déficit presupuestario constante, y razonaba que lo peor resultaba que, encerrados en un círculo vicioso, si vencían en la isla no podría mantenerse un ejército pequeño, porque pronto estallaría de nuevo la insurrección. El generalísimo español, que no veía la manera de darle la paz ansiada al gabinete de Madrid, se limitó a respon-

⁷ «De Carlos Aguirre a José María Aguirre» en *La revolución del 95...*, t. II, 30 de octubre de 1895, p. 57.

⁸ *Ibidem*. «De Francisco Palomares a Benjamín Guerra», 31 de octubre de 1895, p. 68.

⁹ *Ibidem*. «De Mayía Rodríguez a Estrada Palma», 1 de noviembre de 1895, p. 136.

¹⁰ *Ibidem*. «De Salvador Cisneros Betancourt a Estrada Palma», 30 de octubre de 1895, p. 136.

derle que los alijos llegados a los rebeldes habían recrudecido la insurrección y se precisaba paciencia y tiempo para vencerla¹¹.

Sin embargo, continuaba la visión distorsionada sobre la situación real hasta en políticos españoles con sentido común, como el ex ministro Maura. En un banquete, en Mallorca, afirmó que Cuba no era como otras colonias y siempre sería española, pues la isla antillana carecía de vitalidad para solucionar el problema de su sociedad compuesta de blancos y negros¹². Le hubiera bastado echar una mirada a la manigua para darse cuenta que argumentos como ese resultaban meras falacias, que se venían repitiendo por años para justificar el dominio sobre Cuba.

En eso, posiciones intransigentes y, sobre todo, la presión para que llevara una guerra a muerte contra los cubanos, obligaron a Martínez Campos a hacer una advertencia juiciosa a su país, la cual no sería escuchada por su gobierno, y un vaticinio que se cumpliría de manera inexorable. En declaraciones a *El Imparcial*, de Madrid, aseveró que no cesaría en su política de clemencia, porque entonces en Cuba harían falta ciento cincuenta mil soldados y tres años de guerra y al final España tendría que enterrar setenta y cinco mil cadáveres. También agregó que ese tipo de guerra llevaría a la reconcentración de los campesinos en las ciudades y eso resultaba inconveniente por lo oneroso de la medida, pues habría que mantenerlos, y si en la guerra anterior se habían llegado a repartir cien mil raciones diarias, en ésta, esa cantidad sería insuficiente. Después, para reafirmar su posición, con un optimismo que no debió emplear en momentos en que ya el general Maceo estaba en marcha hacia Occidente, apreció que las fuerzas insurrectas estaban algo quebrantadas. También comentó que Estados Unidos reconocería la beligerancia insurgente cuando mejor le conviniera y, en todo caso, si lo hacía era lo mejor, porque así la marina española haría presas donde quisiera. Entonces, declaró: *Y si en su empeño a favor de la independencia de Cuba, enviasen los Estados Unidos un cuerpo de ejército en vez de una guerra deslucida, lucharíamos, tendríamos batallas, y si la suerte de las armas no nos favorece, si perdiésemos a Cuba, la perderíamos con honra*¹³. Entre otras alegaciones, arguyó que el plan de los insurrectos estribaba en hacerle verter a España la sangre, y que gastara sus caudales hasta agotarla.

Por entonces, la nave invasora proseguía su paso de forma incontenible y Gómcz, que ya en territorio de Ciego de Ávila hacía caracolear su caba-

¹¹ ORTEGA RUBIO, Juan: *Historia de la regencia de María Cristina Habsbourg-Lorena*. Madrid, 1905, tomo II, pp. 476-477.

¹² *Diario de la Marina*, 28 de septiembre de 1895.

¹³ *La Lucha*, 28 de octubre de 1895.

llo entre los estampidos de las armas con que rindió el campamento español de Pelayo, esperaba impacientemente la llegada de Maceo. Por fin, el día 29, el caudillo oriental pasó la trocha de Júcaro a Morón, la línea militar tendida a lo largo de diecisiete leguas, consistente en treinta y tres fuertes protegidos con estacadas, alambradas y focos, y una guarnición de miles de soldados. El formidable obstáculo se presentó muy poco sólido para el empuje de aquella enorme columna que la cruzó sin quemar sus cartuchos y al grito de ¡Viva Cuba Libre!

Al pasar la trocha, se abrió ante los ojos atónitos de los invasores orientales y camagüeyanos la llanura avileña, que sólo se rompería en las montuosidades de Las Villas, y media hora después se produciría el encuentro con las tropas del general en jefe. La invasión, más que un hecho, era ya un sólido puñetazo en el pecho del mando español, y el generalísimo cubano y su segundo estaban seguros de su triunfo porque sabían que habían sorprendido a Martínez Campos. De todos modos, aquí empezaba para los cuatro mil hombres, que al unirse ambas fuerzas formaban la columna¹⁴, la etapa más peligrosa de la empresa.

De inmediato se tomó una decisión: la infantería mandada por Quintín Bandera e integrada por unos mil hombres, marcharía hacia el sur villareño, para caer sobre el valle de Trinidad. El propósito de esa embestida secundaria sería causar daños en la economía y atraer allí contingentes de tropas enemigas, para que se adelgazara el muro de bayonetas que el mando español intentaría oponer en Las Villas al avance de los insurrectos.

Tan dramáticamente comprendía Gómez las horas que esperaban a los combatientes, que en su arenga del día siguiente les confió que en sus filas nutridas la muerte abriría grandes claros y no podía prometerles que más adelante les esperaría recompensa alguna, sino sólo sufrimientos y trabajos. También les advirtió que el enemigo era fuerte y tenaz, y el día que no hubiese combate habría sido un día perdido o mal empleado, y no debían espantarse ante la destrucción del país o la muerte en el campo de batalla, sino del porvenir que le esperaba a Cuba si España triunfaba en la contienda. Sin embargo, les confesó algo alentador: la Península había enviado a combatirlos al más experto de sus generales y eso venía a demostrar la pujanza de la revolución, porque con él comenzaba por donde había concluido la Guerra Grande. Mas le podía garantizar a Martínez Campos un fracaso total, el cual se cumpliría al llegar los invasores a las puertas de La Habana. Y, concluyó: *¡Soldados! llegaremos hasta los últimos confines de*

¹⁴ GÓMEZ, Máximo: *Diario de campaña*. Ceiba del Agua, 1940, p. 347.

*Occidente, hasta donde haya tierra española: ¡allá se dará el Ayacucho cubano!*¹⁵

Por su parte, Maceo había sostenido, antes de iniciar la invasión, en carta a su esposa María Cabrales: *Cuento con dos combates en esta campaña, superiores a todos los de la guerra pasada, y una batalla sin igual en nuestra lucha por la independencia de Cuba, pienso que las tendré de mayor magnitud y resonancia en la próxima campaña que tanto anuncian los diarios españoles, dando la final en la puerta de La Habana...*¹⁶.

Esta idea de la batalla final la repetiría Cisneros Betancourt cuando, pocos días después de la arenga de Gómez, le escribió a Estrada Palma. Al tiempo de asegurarle que sin la invasión la guerra se localizaría y duraría mucho tiempo, dijo que en Occidente la revolución obtendría su *Ayacucho*¹⁷. La reiteración de la concepción de un Ayacucho, como punto final de la invasión, evidenciaba que su búsqueda constituía el propósito estratégico de la campaña y que en aquellos momentos continuaba predominando la idea de la guerra breve, por la que había clamado Martí para evitar la intervención de Estados Unidos y para ahorrar sangre. Tanto, que Máximo Gómez le dio un plazo de seis meses a la reyerta para que quedase concluida¹⁸. Precisamente, con el objetivo de acelerar su fin, había dictado, desde su campamento en Sancti Spíritus, su circular del 6 de noviembre del 95, en la cual estableció la política de la tea a ultranza. Estipulaba: *Serán totalmente destruidos los ingenios, incendiados sus cañas y dependencias del batey, y destruidas sus vías férreas*¹⁹. Y todavía más enérgicamente disponía: *Será considerado traidor a la Patria el obrero que preste la fuerza de su trabajo a esas fábricas de azúcar, fuentes de recursos que debemos destruir a nuestros enemigos.*

Frente a la concepción del Ayacucho cubano de los jefes mambises, no resulta ocioso señalar que las condiciones históricas se habían vuelto ya muy diferentes a las que habían rodeado la batalla de la llanura de Quinúa, y la determinación de España de sostenerse en Cuba era muy distinta. La tenacidad que demostraría, con el envío de enormes expediciones de tropas y montañas de material bélico -el duque de Tetuán, ministro de Estado,

¹⁵ MIRÓ ARGENTER, José: *Op. cit.*, p. 112.

¹⁶ CABRALES NICOLARDE, Gonzalo: *Epistolario de héroes*. La Habana, 1997, p. 64.

¹⁷ «De Cisneros Betancourt a Estrada Palma» en *La revolución del 95...*, 6 de diciembre de 1895. t. II, p. 142.

¹⁸ The National Archives and records services: «De Máximo Gómez a Estrada Palma» en *Petition of Tomás Estrada*, 8 de diciembre de 1895, microfilm T-800, rollo 1.

¹⁹ *Actas de las asambleas de representantes y del consejo de gobierno durante la Guerra de Independencia*. La Habana, 1930, tomo II, p. 7.



señalaría la necesidad de terminar cuanto antes la guerra, por el temor de que Estados Unidos se aprovechara de ella para injerirse en los asuntos de Cuba- y la guerra terrible que se emprendería en breve contra combatientes y civiles, para nada se compararía con lo sucedido unas siete décadas antes en Suramérica.

Otra cuestión debe observarse en la definición de Gómez y Cisneros Betancourt, en relación con la victoria cubana a partir de un Ayacucho: con el fin de alcanzar sus objetivos independentistas no deseaban lo más mínimo la intervención de terceros; es decir, de Estados Unidos. Mas, igualmente parece decirnos algo terrible: en sus cálculos tampoco entraba que esa posibilidad péligrosa ocurriera sin su voluntad o contra ella, y no para ayudar a la independencia, sino para coartarla.

Maceo y Gómez partieron hacia Las Villas por la vía más recta a enfrentarse a los veinticinco mil hombres de que disponía Martínez Campos en la provincia²⁰. Su táctica estaba bien perfilada: no retroceder, sino temporalmente, a causa de algún peligro mortal para las tropas, pero una vez desaparecido retomar la marcha hasta llegar a Occidente²¹. Las fuerzas enemigas se dejarían en la retaguardia y su persecución serviría en todo caso para impulsar el avance y si alguna se atravesase en el camino sería batida sobre la marcha. Constituiría una empresa aparentemente delirante.

En un avance veloz, que diariamente abarcaba mucho territorio, las tropas mambisas penetraron en el teatro villareño y, de inmediato, descalabraron al enemigo en Iguará. Entonces, el consejo de gobierno se separó de la fuerza invasora para regresar a Camagüey. Se había decidido su retorno para que atendiera la situación de Bayamo y Manzanillo, donde actuaban agentes de Martínez Campos, con el propósito de que se aceptaran negociaciones de paz sin independencia²².

El avance por los parajes villareños se preñó de escaramuzas, encuentros y combates, pero ninguno de gran intensidad, y Martínez Campos anunció, después de una pelea de retaguardia en el camino de la Sigüanea, que las tropas invasoras no avanzarían una pulgada más²³. Estaba lejos de saber qué acontecería a poco. Estaba llegando la hora del lance que decidiría la penetración en Occidente: se libraría el 15 de diciembre en Mal Tiem-

²⁰ MAURA GAMAZO, Gabriel: *Historia crítica del reinado de Don Alfonso XIII durante su menoridad bajo la regencia de su madre Doña María Cristina de Austria*. Barcelona, 1925, tomo I, p. 250.

²¹ The National Archives and records services: «De Gómez a Estrada Palma» en *Petition of Estrada Palma*, 8 de diciembre de 1895, microfilme citado.

²² MIRÓ ARGENTER, José: *Op. cit.*, p. 125.

²³ PALENQUE, Amado: *La campaña de invasión*. La Habana, 1988, p. 137.

po, en las proximidades de Cruces. Allí, la derrota de las fuerzas españolas resultó aplastante.

En el desastre influyó un parte exagerado que un jefe español sometió a sus superiores. Poco después de la querrela del camino de Sigüanea, quien había dirigido allí las tropas españolas comunicó que había derrotado y dispersado la columna invasora. Como consecuencia, las fuerzas que marchaban por Mal Tiempo resultaron totalmente sorprendidas, porque en vez de hallar partidas aisladas se toparon con una fuerza mambisa compacta, que con cartas fulminantes al machete deshizo en minutos sus cuadros. Tan espantosa resultó aquella acción que, al influjo de sus imágenes patéticas, el entonces comandante Bernabé Boza, jefe de la escolta de Máximo Gómez y más tarde de su estado mayor, apuntaría en su diario: *¡Qué cosa más horrible es un macheteo! ¡Los hombres nos convertimos en fieras hambrientas de sangre y carnicería!*²⁴ Pero estaban obligados a hacer esa guerra al machete: al entrar en combate, los mambises sólo llevaban en sus cananas dos cartuchos por combatiente.

Resultaron tan habituales las frondosidades de muchos partes militares españoles que, no sin razón, el 28 de octubre, Martínez Campos había pasado una circular a los jefes de distrito en la cual señalaba: *He visto con disgusto, que sin tener en cuenta mis disposiciones, se cae de nuevo en el defecto de exagerar los partes de los encuentros más insignificantes, apareciendo casi como batallas, los que son ligeros tiroteos (...) Encargo, pues, que en lo sucesivo, bajo la más estrecha responsabilidad de los jefes de las columnas, los partes sean breves, claros y estrictamente veraces, como corresponde a militares serios...*²⁵ Lamentablemente para las fuerzas españolas, la circular del comandante en jefe no fue atendida. Se pagó en Mal Tiempo. El desastre del 15 de diciembre se quiso justificar con una explicación tan peregrina como mentirosa: los soldados desconocían los mecanismos del máuser.

A todas estas, se volvía tan difícil la situación de las filas invasoras en cuanto a pertrechos, que a los cientos de combatientes que, al paso por Las Villas, se les estaban añadiendo, no se les podía ofrecer otro armamento que el arrebatado al enemigo. Por eso, de los tres mil quinientos hombres que, en esos instantes, componían la hueste, mil llevaban las manos desnudas. ¿Qué hubiera sucedido, a partir de aquella recluta espontánea que se les quería sumar, si se hubiese contado con abundantes medios bélicos? Si la columna hubiese dispuesto de artillería, ¿qué hubiese acontecido?

²⁴ BOZA, Bernabé: *Mi diario de la guerra*. La Habana, 1974, tomo I, p. 60.

²⁵ MIRÓ ARGENTER, José: *Op. cit.*, p. 145.

A partir de su entrada en la región de Cienfuegos, un descomunal incendio siguió el paso de la columna invasora. La tea había comenzado a emplearse con eficacia y sistematicidad, y hubiese parecido que los cañaverales formasen una inmensa antorcha que quisiese iluminar los días nebulosos y las madrugadas de penumbras densas. La ceniza repletaba el aire y lo hacía irrespirable, y la luz del sol se opacaba. Señaladamente, para algunos mambises como el general de origen catalán José Miró Argenter, jefe del estado mayor de Maceo, de conocidas ideas sociales, la tea tenía impulsos que no eran directamente militares. Al comentar el impacto del fuego en aquella zona, apreció: *Todo está a merced del poder revolucionario, el gran demolidor de los privilegios sociales que, armado y terrible, se propone nivelar a todo el mundo ¡con la tea! para que el escarmiento sea cabal*²⁶.

Con la entrada en Matanzas, el fuego empezó a dar cuenta de las cañas a lo largo de la ruta. El general Serafín Sánchez, todavía con las imágenes de las ruinas humeantes en la retina, narraría que pueblos, ingenios, paraderos del ferrocarril, tiendas, puentes, alcantarillas y todo cuanto había sido edificado por el hombre, ardió. *Aquello no puede pintarse ni referirse en detalles* —aseguró— *porque todo forma un conjunto sublime en lo horroroso. Esa invasión ha sido el golpe de gracia dado a la dominación que ya no le queda crédito para seguir trampeando en Cuba*²⁷. Su criterio resultaba demasiado optimista, porque, ciertamente, el gobierno español pudo seguir encontrando fórmulas financieras para continuar la guerra.

En medio del fuego, del calor abrasador, debía resultar terrorífica la presencia de aquella columna de centauros, combatientes aguerridos, que semejabán estampas mitológicas. En ese cuadro se destacaban regimientos como el Céspedes, cuyos hombres, negros magníficos salidos de la serranía de Cambute o las montuosidades guantanameras, combatientes de la Guerra Grande y de la Chiquita, quienes al sentir el clarín corrieron otra vez a empuñar las armas, envueltos en sus capas negras, sobre sus caballos de pelaje oscuro, se desataban como demonios coléricos sobre los cuadros enemigos sin temor a las bayonetas y a quienes, luego de cada combate, había que reemplazarles sus jefes, como sucedería con el teniente coronel de origen español Andrés Hernández, porque éstos yacían en alguna sepultura del camino. Así eran los hombres que sabían que en el botiquín militar mambí, para curar sus heridas, sólo había yodo, tabaco macerado y cenizas. Por eso, hasta parecían apáticos a la muerte y la preferían a ciertas heridas.

²⁶ Ibídem, p. 147.

²⁷ «De Serafín Sánchez a Cisneros Betancourt», en *La revolución del 95...*, 20 de enero de 1896, tomo III, p. 15.

Posiblemente, sólo después de Mal Tiempo, Martínez Campos se percató del objetivo de la acometida cubana, porque al llegar la columna a Las Villas todavía le manifestaba a Madrid que no sabía a qué obedecía el paso de los orientales hasta el centro de la isla. Radicado por aquellos días en Cienfuegos, se trasladó a Batabanó, y a través de La Habana se situó en las inmediaciones de Coliseo. Parecía que allí iba a hacer el esfuerzo máximo para detener a los insurgentes que ya invadían Matanzas. Había traído apresuradamente tropas de Camagüey a Oriente, y de nuevo una fuerza formidable se dislocaba ante las armas mambisas. Sin embargo, la organización y la táctica españolas tenían defectos clave. Si bien sus fuerzas sumadas estaban constituidas por un número impresionante, básicamente se agrupaban en batallones de infantería, mientras la caballería entraba en proporción menor en las columnas mixtas. Además, estos batallones y columnas combatían por separado. Esas fuerzas tenían que tropear con una hueste montada que representaba un ariete sólido y desarrollaba una velocidad de movimiento casi inverosímil, la cual se fundaba ante todo en la resistencia de unos jinetes que cabalgaban sin descanso jornadas interminables, y los mambises, a pesar de su inferioridad de armamentos, al chocar contra las columnas separadas, las arrollaban antes de que pudieran recibir apoyo de las más cercanas. En comparación con la guerra moderna, la columna invasora parecía desatar una *blitzkrieg*, con la diferencia de que la caballería sustituía el empleo de los tanques en masa.

Los mambises llegaron a Coliseo y atacaron el pueblo. En eso, apareció una columna de unos tres mil hombres al mando directo de Martínez Campos y se entabló la lucha. De forma sorprendente, cuando el combate llevaba poco de iniciado y los mambises se hallaban en una situación comprometida, el generalísimo español ordenó la retirada. Todo apunta que, a causa de un movimiento defensivo de los mambises, sintió temor de ser envuelto, como en Peralejo.

Dos días más tarde, cuando aparentemente esperaba a los insurrectos en Guanábana, decidió volver con toda rapidez a La Habana. ¿A qué se debió su salida intempestiva? Tal vez, el general Arderíus, segundo cabo y cuñado suyo, le había hecho llegar confidencias relacionadas con conciliábulos que se estaban tejiendo en su contra en la capital, porque las fuerzas políticas del integrismo, desconfiaban ya en extremo de su capacidad para batir a los mambises. En efecto, el estremecimiento de la Bolsa de La Habana por la quema de cañas²⁸ resultaba señal de que fuerzas económicas muy pode-

²⁸ *El Boletín Comercial de La Habana*. 5 de diciembre de 1895.



Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez de Campos

rosas comenzaban a inquietarse cada vez más seriamente por la situación. Martínez Campos, político fino, sabía que se hacía necesario reinfundirles fe, pues si no, sus días como gobernador general estaban contados.

Un día después de la Navidad de 1895, el general llegó a la capital. Al bajar del tren, en Regla, sus palabras fueron las de un hombre desalentado: *No he podido hacer más*. Más, significaba en realidad, nada. Lo demostraba una comunicación al parecer tranquilizadora que en su nombre había cursado el día anterior Arderús al ministro de la Guerra, que resultaba lo más intranquilizadora del mundo. Aseguraba que en La Habana contaba con catorce batallones de voluntarios para su defensa y no había temor alguno en la capital, y creía a Matanzas *al abrigo de un golpe de mano*²⁹. En buenas palabras, revelaba el temor de que ambas ciudades estuviesen bajo peligro de ataque.

No obstante, contra lo que esperaba Martínez Campos, el recibimiento en La Habana de los tres partidos proespañoles -Unión Constitucional, Reformista y Autonomista-, cuyos representantes le aguardaban en la estación de ferrocarril, fue aparentemente caluroso. Según Leopoldo de Goicoechea, vicepresidente del Círculo del Partido Reformista de La Habana y luego secretario de la corporación, en la travesía del vapor en que cruzó la bahía, el general en jefe español comentó que no podía continuar gobernando el país, porque había fracasado por completo en la lucha contra la insurrección. Ante esto, los primates autonomistas parecieron querer infundirle alientos y le respondieron de manera nada convincente que lo ocurrido sólo se trataba de un incidente natural en toda guerra, el ejército español no había sido derrotado y estaba intacto. Goicoechea, al escuchar todo aquello, confiesa que sintió deseos de echarse a llorar³⁰.

Ya en palacio, para expresar su solidaridad con el capitán general, hablaron los representantes de los tres partidos. Martínez Campos les respondió con unas palabras en las cuales manifestó su sorpresa por el aliento que le insuflaban y confesó que su estado de ánimo había sufrido un cambio favorable: *Yo lo he hecho muy mal, y sin embargo vosotros continuáis sosteniéndome. Gracias mil a todos*, fueron sus palabras finales³¹.

En verdad, la cordialidad y adhesión que mostraron los partidos Unión Constitucional y Reformista, constituían una farsa. Un terror les recorría a todos, y los integristas y la mayoría de los reformistas ansiaban la salida de Martínez Campos. Para ellos, su viaje precipitado a la capital resultaba la

²⁹ MIRÓ ARGENTER, José: *Op. cit.*, p. 189.

³⁰ GOICOECHEA, Leopoldo de: *Memorias, 1895-1898* (manuscrito inédito).

³¹ MIRÓ ARGENTER, José: *Op. cit.*, p. 189.

señal de que las fuerzas insurrectas seguirían avanzando incontenibles y, en breve, esos a quienes llamaban asesinos e incendiarios harían realidad lo que gritaron, cuando Gómez, durante la invasión de la Guerra Grande, avanzó casi hasta Matanzas: los mambises estaban tocando con el pomo de sus machetes en las puertas de La Habana. De nuevo, la noche del 27, los representantes de las tres corporaciones, al frente de una manifestación reunida a duras penas, porque se decía que los presidentes de comités de barrio del Partido Unión Constitucional se habían negado en un inicio a acudir a testimoniarle su adhesión al general, a quien la prensa calificaba falsamente de victorioso, partieron del Parque Central hasta la Plaza de Armas. Todo el día habían corrido rumores por la ciudad de que los voluntarios aprovecharían la ocasión para clamar por la sustitución de Martínez Campos.

Al llegar a palacio, los jefes de los tres partidos subieron al segundo piso y una vez más le aseguraron al Capitán General su apoyo. Éste lo agradeció y les pidió se mantuvieran unidos como lo estaban. También les solicitó que, si alguna vez perdía su confianza, se lo comunicaran con toda sinceridad.

En tanto, la raquíta manifestación que se agolpaba bajo los balcones de palacio vociferaba. Martínez Campos se creyó obligado a arengarla. Pareció sordo a los gritos con que los reunidos les daban vivas a Polavieja, a Weyler, a Blanco y hasta a Calleja, y exigían que cesara la política de clemencia. El mensaje era para él: debía irse. Mas el gobernador general asumió aquella manifestación como si viniese a alentarle y le dijo que había esperado ser mal acogido, porque no había logrado detener a los mambises y, sin embargo, se le apoyaba. Aseguró que, de todos modos, él no podía dimitir en momentos en que estaba frente al enemigo, aunque no tomaría a mal si el gobierno lo reemplazaba. Añadió que la renovación de la confianza del gobierno y las adhesiones recibidas le hacían aumentar su deseo de esforzarse para derrotar a los mambises y mejorar la situación del momento. Expresó igualmente que, si bien la situación resultaba difícil, sólo resultaba grave en apariencia³².

Desde luego, sus palabras no convencieron a los integristas, y su actitud hipócrita quedó de manifiesto cuando los representantes de los partidos marcharon al cuarto del telégrafo instalado en palacio, con el fin de cursar un despacho al gobierno. Ya allí, Francisco de los Santos Guzmán, secretario de la Unión Constitucional, se negó a que el telegrama redactado por el autonomista Montoro hablara de la *absoluta confianza* en Martínez Cam-

³² *Ibidem*, pp. 188-189.

pos. También, pocas horas después volaron cartas a Madrid, acerbamente contrarias al mando y gestión del general. Eva Canel, un personaje curioso que alguna vez se vinculó en lo literario a Martí, ahora convertida en musa de los casinos españoles y voluntarios, escribió a Atanasio Horlesín, secretario de Cánovas del Castillo, y después de relatarle lo ocurrido (apreciar que los insurrectos habían vencido moral y materialmente en Matanzas al hombre de Sagunto; confiarle empavonecida que estaban en todas partes, a la vez; que su huella se le había perdido al mando español e insultar a Martínez Campos) pidió que le comunicara a su jefe la necesidad de destituirlo porque con él se perdería Cuba. Aseguró que si no, los voluntarios y el ejército se sublevarían³³. También, otro personaje integrista, Eduardo López, director del periódico *Unión Constitucional*, se dirigió ese mismo día a Cánovas y, luego de contarle los incidentes de la noche del 27, solicitó el reemplazo del general³⁴. En medio de esto, un telegrama de la dirección conservadora llegó a su representante en Madrid para que desmintiera uno de Arderius al gobierno, en el cual aseguraba que la manifestación había respaldado la actuación del capitán general³⁵.

Ya para entonces la prensa española se hacía cada vez menos benévola con quien su calculada política de clemencia, basada en su convencimiento de que si volvía la paz habría que buscar la reconciliación con los cubanos, como lo intentó en el 78, lo hacía parecer candoroso. Se trataba de hacer guerra de exterminio, para terminar de una vez con la insurgencia porque, halándose los pelos, *La Correspondencia de España* señalaba que la guerra costaba ya trescientos millones de pesetas y a Cuba se habían enviado cien mil hombres, y se preguntaba, ¿para qué?³⁶

No pocas porfías sostuvo la columna invasora en Matanzas, uno de los territorios más peligrosos durante el avance no solo por el número de enemigos, sino por los medios de comunicación de todo tipo que enlazaban la provincia, a lo cual se añadían los destacamentos situados en cada ingenio y poblaciones guardadas; pero, después de Coliseo, la partida, como fruto del genio militar de los dos grandes jefes de la fuerza cubana, estuvo del lado de su paso.

Aquel avance, en el cual las huestes mambisas habían abarcado los territorios de Colón, Jovellanos y Cárdenas, también evidenció la necesidad

³³ Archivo General del Palacio Real (AGP): «De Eva Canel a Atanasio Horlesín», Madrid, 29 de diciembre de 1895, cajón 15, expediente 15-E.

³⁴ AGP: «De Eduardo López a Antonio Cánovas del Castillo», 29 de diciembre de 1895. Cajón 15, expediente 15-G.

³⁵ GOICOECHEA, Leopoldo de: *Op. cit.*

³⁶ BOZA, Bernabé: *Op. cit.*, tomo I, p. 71.

de la contienda para sacudir la docilidad que siglos de brutalización, represión e ignorancia, habían creado en las masas de libertos, que debieron haber secundado, precisamente con más pasión que nadie, la gesta que se desarrollaba.

Mientras Martínez Campos aún no había regresado a La Habana, empezó la operación más genial de la invasión: el lazo. Éste se volvía tal -tanto en sentido recto como figurado- porque resultaba la trampa en la que debía caer la espada de Sagunto. De pronto, la columna invasora, al llegar a Sumidero, no prosiguió su avance, sino que comenzó a contramarchar para atravesar rápidamente de norte a sureste la provincia, con lo cual daba la impresión de que se retiraba. En unas pocas jornadas llegó a los bordes de la Ciénaga de Zapata y, después de desembarazarse de los heridos y dejarlos al resguardo de tupidos bosques, entró el 27 en el territorio de Cienfuegos. Indio fue el punto máximo del retroceso, porque a partir de ahí, como estaba previsto, la columna invasora retomó de nuevo la dirección anterior y volvió a Matanzas. La estratagema logró los resultados propuestos: Martínez Campos, al creer que gracias a un milagro los mambises retrocedían de forma definitiva, retiró de Matanzas y La Habana a miles de hombres y los envió a toda prisa hacia Las Villas con el fin de atajar allí a las fuerzas que aparentemente huían. Sin dudas, debió pensar que esta vez podría alcanzar lo que hasta entonces no había podido conseguir: destruir a los mambises. No se había percatado de que, en la retirada, la columna sólo había averiado parcialmente las vías férreas y los puentes, aún no destruidos, como si le facilitara su reparación y la operación del traslado de tropas³⁷. Cuando se dio cuenta del engaño, era tarde una vez más, porque el primer día de 1896, después de haber combatido tres días antes en Calimete con fuerzas españolas, que tuvieron -como era usual-, un comportamiento aguerrido, y sostener dos lances en las horas siguientes pero de menor intensidad, dos mil ochocientos mambises, en su nuevo avance, entraban fulminantemente en la provincia habanera.

Poco antes de aparecer en este territorio, se había visto la columna fatigada y los claros en las filas denunciaban que se había cumplido el anuncio de Máximo Gómez de que, al llegar hasta allí, faltarían muchos de los héroes que tomaran parte en la gesta. Para hacer más terrible la marcha, los numerosos heridos de los nuevos combates tenían que acompañarla, porque ya no había posibilidad de dejarlos en algún refugio. Pero la entrada en La Habana, hasta ahora inaccesible para los hombres que venían del poniente,

³⁷ SUÁREZ, Jesús Ignacio (teniente coronel): *El aseguramiento ingeniero en las campañas militares del mayor general Máximo Gómez (1895-1898)*. Ponencia al XIV Congreso Nacional de Historia.

fue como una pócima que levantara de nuevo la moral y le trajera la seguridad del triunfo. Se consumaba la derrota del general Martínez Campos.

Ahora, la antorcha mambisa se cebó en los intocados cañaverales de La Habana. Si Las Villas y Matanzas pudieron haber representado un riesgo mortal para los invasores, en la nueva provincia por la que avanzaban el peligro se redoblaba. De pequeña extensión, prácticamente llana, cruzada de vías férreas y líneas del telégrafo y con algunas redes telefónicas, tachonada de poblaciones e ingenios donde en no pocas ocasiones había fortificaciones y destacamentos enemigos, con todavía doce mil soldados dislocados en su territorio y miles de voluntarios listos a combatir, mostraba un tejido bélico donde sólo la astucia militar, más que la fuerza, sería decisiva para salir airosos de la prueba.

En seis días, la tropa invasora atravesó la provincia sin que tuviera que enfrentarse a serios obstáculos. Dada la falta de lances con columnas operativas del enemigo, pudo dedicarse a rendir poblaciones donde obtuvo un botín precioso de armas y municiones que les arrancaban a los voluntarios: unas veces, después de alguna resistencia y, en otras, gracias a una capitulación sin lucha.

También, en virtud de la requisita en los comercios de los enemigos, pudieron soltar los harapos que los cubrían y vestirse y calzarse decentemente.

La entrada en La Habana hizo, una vez más, que Martínez Campos se mostrara aturdido por la estrategia mambisa. Quizás, el parte del combate de Calimete, como es natural aumentado por el jefe de las fuerzas españolas que dio por dispersada la columna y con bajas insuperables, le ayudó a creer que no se produciría el avance mambí sobre la provincia. Sin embargo, el 2 de enero había tenido que proclamar el estado de guerra en la capital y Matanzas, porque en ambas *habían aparecido partidas armadas*³⁸. Al día siguiente, ya la alarma sobre la eventualidad de un ataque directo a La Habana resultaba tan grande, que el mando español dictó una orden general que organizaba la resistencia y se desplegaron los cañones en las bocacalles.

Ante la ausencia de tropas enemigas al paso de la columna invasora, cabe una pregunta, ¿dónde estaban las fuerzas que debían oponérselas? Parecía como si el desconcierto hubiese llegado a planos asombrosos, y no supieran hallar el enemigo. Aunque tampoco hay que descontar, como lo comentaron precisamente altos oficiales españoles, que hubo jefes que dieron la impresión de vaporizarse, desmoralizados, para evitar un encuentro con la columna cubana³⁹.

³⁸ AHN/U: «De Martínez Campos al ministro de Ultramar», 3 de enero de 1896, leg. 4943, expte. 477.

³⁹ GOICOECHEA, Leonardo de: *Op. cit.*

A esas alturas, en España, una prensa estupefacta, que no podía comprender cómo unas bandas mal armadas, indisciplinadas, mal conducidas y siempre derrotadas, según comunicaban los partes, podían haberse paseado por la isla y llegar a las puertas de la capital, arreció su campaña contra Martínez Campos y clamó por un cambio en la política de guerra. Incluso *El Imparcial* de Madrid publicaría un artículo lapidario. Su título: *El fracaso*. Su protagonista, desde luego, Arsenio Martínez Campos.

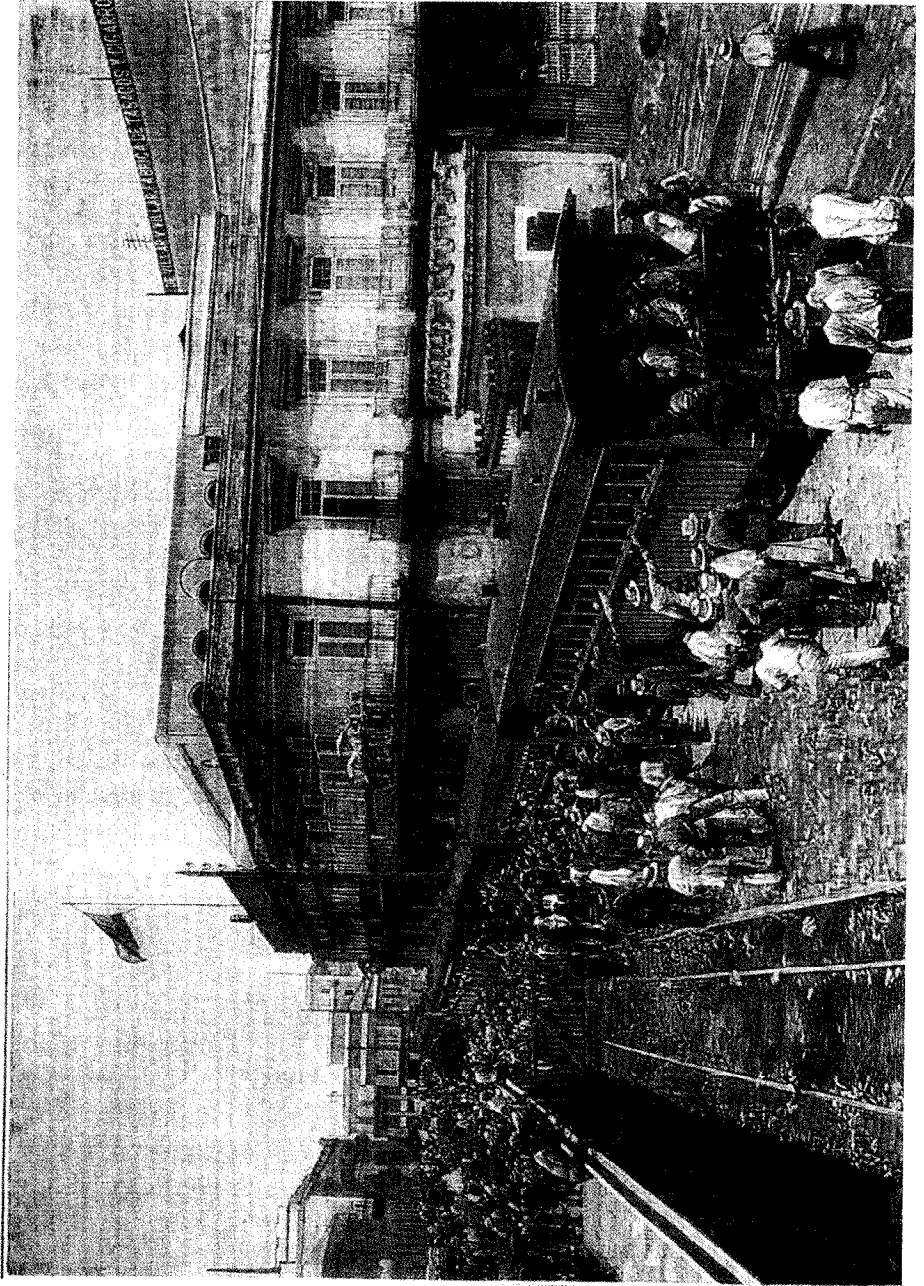
A pesar de la petición, cada vez más preñada de hostilidad, que se le hacía al generalísimo español para que variara de política de guerra, su conciencia no le dejaba emprender la sangrienta campaña que le exigían. Insistían en que no podía hacerlo, cuando Gómez y Maceo ponían en libertad a los rendidos, como en Güira de Melena, donde el dominicano les dirigió una alocución para señalarles que ellos no sabían matar prisioneros y donde también advirtió que el Ejército Libertador sabría respetar no sólo a los soldados, sino a los comerciantes peninsulares, tanto en su vida como en sus intereses si, a su vez, respetaban la revolución⁴⁰. De igual forma, lo aseguraría en Hoyo Colorado, donde, al arengar a los peninsulares que habían capitulado, les explicó que no se le hacía la guerra a España, que el único objetivo de los mambises consistía en la obtención de la independencia y que, luego, aquel país y Cuba serían hermanos, porque cubanos y españoles no podían desprenderse de la sangre que corría por sus venas⁴¹. Como resultado, para entonces comenzaba a rumorearse en la capital que, en realidad, ambos jefes habían entrado en occidente al grito de ¡Viva Cuba libre! ¡Vivan los españoles! ¡Abajo el gobierno! y que, lejos de lo que se había propalado anteriormente sobre venganzas y saqueos, no afectaban para nada las vidas y haciendas de los peninsulares⁴².

A todas estas, el gobernador general comprendía que no sólo no resultaba conveniente hacer una política de horca y cuchillo, sino que incluso debía tratar de paliar, en lo posible, la política de la tea de Máximo Gómez, porque ésta se volvía caldo de cultivo de situaciones no sólo difíciles sino peligrosas. Creía haber entendido las pretensiones de Gómez: paralizar el trabajo en la isla. Ante ese panorama no podía quedar cruzado de brazos, porque esa circunstancia llevaba a nutrir las filas mambisas. Lo revela una comunicación que remitió en esos días a Ultramar. Daba cuenta del estado de Matanzas después del paso de la invasión, y relataba que innumerables

⁴⁰ LOYNAZ DEL CASTILLO, Enrique: *Memorias de la guerra*, La Habana, 1989, p. 267.

⁴¹ BOZA, Bernabé: *Op. cit.*, tomo I, pp. 115-116; LOYNAZ DEL CASTILLO, Enrique: *Op. cit.*, p. 268.

⁴² GOICOECHEA, Leopoldo: *Op. cit.*



Aspecto de la estación de Villanueva a la salida del primer tren

trabajadores habían sido despedidos de las fincas al no poder hacer zafra y pululaban por los caminos, razón por la cual el gobernador militar de la provincia había ordenado entregar raciones a los afectados. Según añadía, en situación de dificultades análogas estaban Las Villas y La Habana. El capitán general, también daba a conocer que *esta desgracia* le preocupaba mucho por la influencia que pudiera tener *social y políticamente* en la guerra. Precisamente por eso informaba que, a raíz de su llegada, había ordenado comenzar obras en los ferrocarriles del oriente y centro del país, para dar ocupación a muchos obreros y proponía sustraer un millón de pesos de los créditos de guerra para fomentar trabajos de obras públicas entre Las Villas y La Habana. También preveía, dado el avance insurrecto, que tal vez habría que incluir a Pinar del Río en la cuenta. Transmitía, a la par, la propuesta del gobernador de Matanzas de, si no fuera posible otorgar créditos con estos fines, constituir con los desplazados nuevas unidades militares para perseguir a los insurrectos. Incluso, ya había tomado la iniciativa de formar guerrillas para reprimir las numerosas partidas que operaban en su territorio⁴³.

La toma de posición del capitán general contra la guerra de exterminio, dio pie a que los partidarios acérrimos de la campaña sangrienta echaran a correr la especie de que el general estaba en connivencia con los mambises, lo cual basaban en una falsedad que pervivió durante mucho tiempo: Martínez Campos, decían, nada menos, era hijo de una mulata cubana y un militar español. De ahí sus simpatías procubanas y sus blanduras. Con otras motivaciones, le endilgaban la misma fórmula de compromiso con la insurrección que al general Domingo Dulce en 1869.

Por supuesto, en España había voces que defendían de hecho la política de Martínez Campos. De manera juiciosa, el ex ministro y diputado Maura exponía ante sus electores que reducir por la fuerza a los insurrectos era menos importante que hacerse amar de los cubanos. Por su parte, el ex presidente de la República, Pi y Margall, postulaba la necesidad de la más amplia autonomía para Cuba. Cánovas del Castillo, partidario de la intransigencia, le respondió a Maura que vivía en la irrealidad, porque con lirismos no iba a desarmar a *los negros de Máximo Gómez*⁴⁴.

En todas las jornadas habaneras de Gómez y Maceo, el humo de los cañaverales continuó elevándose al cielo. En el momento de la irrupción, los

⁴³ AHN/U: Oficio del Ministerio de Ultramar de 10 de febrero de 1896 a partir de una comunicación de Martínez Campos de 10 de enero de 1896, leg. 4942, expte. 109.

⁴⁴ MAURA GAMAZO, Gabriel: *Op. cit.*, t. I, p. 240.

ingenios se preparaban a moler o habían iniciado la zafra. Ya no podrían seguir adelante porque, de no llevar a toda prisa las cañas a los molinos en vez del guarapo, obtendrían vinagre. Mas la paralización no sólo se consumaba en los ingenios. En su decisión, Máximo Gómez también presionaba a los campesinos para que soltaran los aperos de labranza. Como había planteado, en Cuba no se debía trabajar mientras la isla no fuera libre⁴⁵.

El día 7, únicamente con sus fuerzas, pues el lugarteniente general había partido esa mañana para invadir Pinar del Río y completar la empresa, Gómez entabló combate con el enemigo a la vista de Ceiba del Agua. El choque resultó favorable para las armas insurrectas, que quedaron dueñas del terreno. Pero, indiscutiblemente, este tipo de acciones no bastaba para lograr quebrar el poderío de las fuerzas del país ibérico. Estos lances, en los cuales, luego de chocar las tropas se despegaban sin aniquilamiento o al menos gran quebranto del adversario, le causaban bajas al ejército español pero no significaban el abatimiento de sus fuerzas operativas. Únicamente destrozándolas, a lo largo de muchos pequeños Ayacuchos que desorganizaran el dispositivo bélico, parecía posible hacer desaparecer su voluntad de lucha. En los combates que se sostenían, las bajas no eran tan cuantiosas que no pudieran reponerse sin mayor dificultad. Desde luego, que la tarea se lograra no sólo dependía de los jefes mambises, porque detrás de todo hay una verdad como un templo: los generales españoles se mostraban muy cautos y, en cuanto veían que los mambises tenían una superioridad táctica, abandonaban el terreno antes de ser envueltos. En sus acciones, los mambises también carecían de las armas y municiones suficientes para mantener un cerco al enemigo y, sobre todo, impedirle el auxilio de refuerzos.

La táctica adoptada de separar las fuerzas y que, mientras el general oriental entraba en Pinar del Río, Gómez permaneciera en La Habana, no sólo tenía el propósito de impedir una concentración de tropas españolas contra el caudillo oriental en un territorio estrecho y desconocido como el de la provincia invadida sino, como apreció el gran dominicano, de guardarle a su segundo la puerta, es decir, que no lo pudieran taponar.

Al partir hacia la provincia más occidental, Maceo no se había dirigido enseguida a ella, sino que la noche del 7 de enero de 1896 y la madrugada del siguiente merodeó la capital y llegó hasta sus suburbios. Muchos de aquellos hombres que le acompañaban, -los campesinos que nunca habían salido de su conuco, los jornaleros de tierra adentro, los montañeses negros que tanto habían cimarroneado durante años-, pudieron contemplar en la

⁴⁵ BOZA, Bernabé: *Op. cit.*, tomo I, p. 105.

noche, por primera vez en su vida, el resplandor de las luces eléctricas de aquella ciudad ignota. Quizá el caudillo recordó su paso por ella en 1890. Tal vez, con los ojos empañados, comprendió que la tenía a tiro de fusil y, sin embargo, no podría apoderarse de ella. Le faltaban los medios para ponerle sitio y debelar su resistencia. No obstante, se dispuso a darle a conocer su presencia al generalísimo español con un ataque fulminante a Marianao, que revelara a Madrid y al mundo la pujanza de la insurrección. En eso, recibió el aviso de tropas españolas a retaguardia. No estaba en la mejor situación, porque de un lado tenía el mar y podían encerrarlo. Después de un tiroteo y pasar por el ingenio Lucía, donde habló brevemente con su propietario, Perfecto Lacoste, que sería su confidente y, más adelante, miembro de la junta revolucionaria de La Habana, tomó definitivamente el rumbo de Pinar del Río, cruzó sin novedad la trocha de Mariel a Majana y se internó en la provincia. Si cruzaba creerían que era más grande que Aníbal, le había revelado Lacoste que había aventurado con sorna la dirección autonomista, y aquel extraordinario guerrero lo hizo sin mayores aspavientos.

Antonio Maceo no sabía que, aquel mismo día, Martínez Campos cursaba a Madrid un telegrama que revelaba un estado de ánimo terrible y una situación precaria: *Opinión variable perdió ahora, y con razón, la fé en mí. Yo dudo si sirvo: mi amor propio me dice que lo hago mal, pero que otro lo haría peor (...) Intransigentes desean cambiar política; yo no lo hago (...) Hago lo que sé con completa calma. Espiritu país simpatiza con rebelión por miedo ó afecto. Alternativa pánico Habana y en casi todas partes, unas veces fundada, otras infundada.=Haré frente conflicto si viniere; pero si es contra mí, considero que antes es el orden y la Patria.=Páreceme que los ídolos actuales son Weyler y Pando para gran parte constitucionales, pero no creo opinen así reformistas y autonomistas. Los chismes y embustes abundan. Tengo una calma infinita*⁴⁶. Estaba llegando la crisis final del conflicto entre Martínez Campos y los integristas a machamartillo.

A todas estas, los ataques sistemáticos de la prensa contra el general, tanto en Madrid como en La Habana, continuaban en aumento. Gasset, el director de *El Imparcial* de Madrid, había dicho a su regreso de Cuba en un artículo, el 12 de enero, que se volvía imperativo relevar a Martínez Campos, a causa de su errado sistema de guerra⁴⁷, y *El Correo Militar*, *El Ejército Español*, *La Correspondencia Militar* y hasta *La Época*, el diario de Cánovas, dejaban ver el pesimismo que albergaban sobre la situación en Cuba. Para entonces la hiperbolización de la fuerza militar mambisa, con el

⁴⁶ AHN/U: «De Martínez Campos al ministro de Ultramar», 7 de enero de 1896, leg. 4943, expte. 477.

⁴⁷ ORTEGA Y RUBIO, Juan: *Op. cit.*, tomo III, p. 9.

propósito de justificar los fracasos, resultaba tal que la prensa repetía que en las filas insurrectas estaban encuadrados nada menos que cuarenta y dos mil hombres⁴⁸. Por su parte, Nicolás Rivero, director del *Diario de la Marina* y prohombre del Partido Reformista, uno de los propugnadores de la salida de Martínez Campos, publicó un artículo incendiario que se dirigía a todas luces contra la política del capitán general y en el cual aseguraba que la situación resultaba insostenible, la dignidad padecía y el crédito se desmoronaba ante el paso de las huestes invasoras por La Habana.

Poco después, Eduardo Dolz, también reformista, anunció desde Madrid a sus conmitones habaneros, que la *victoria* de Coliseo había permitido detener la caída de Martínez Campos, pero si no venía pronto un triunfo grande ni la reina lo salvaba, y hasta ella podía ir a parar a Viena.

En eso, el capitán general conoció la verdad de la trama que se urdía. La noche del 16 se habían reunido los constitucionalistas para acordar pedir su relevo. De manera que convocó para el mediodía del 17, en palacio, las direcciones de los tres partidos. Irritado, les espetó a los de Unión Constitucional que ya sabía de su acuerdo y a los reformistas que su artículo del día anterior en *Diario de la Marina*, y otro de ese día, demostraban que también deseaban su salida. Enseguida puntualizó que ese no era el caso de los autonomistas, quienes se mostraban a favor de su permanencia. Entonces, sin más espera, el general redactó allí mismo un telegrama al general Marcelo Azcárraga, ministro de la Guerra, para informarle de lo acontecido. Cerró el mensaje con una frase: *El gobierno resolverá*⁴⁹. En realidad, no pedía su relevo porque al conocer las críticas que le hacían había hecho saber a su amigo el duque de Tetuán, que no dimitiría en momentos en que estaba frente al enemigo y seguiría en su puesto mientras el gobierno lo creyera conveniente.

Fue significativa la postura que habían seguido, con cierto tino, los autonomistas. Comprendían que después de Martínez Campos vendría de seguro la política de guerra a ultranza y la represión más atroz, y esto, en vez de traer soluciones, complicaría la situación y, al final, vendría el desastre de España en Cuba.

Cánovas aprovechó el telegrama y de manera fulminante decretó el cese de Arsenio Martínez Campos. En la sala del trono del palacio de la Plaza de Armas, al día siguiente, al informar a las autoridades españolas de su relevo, el segoviano, vestido con el uniforme de gala de los capitanes genera-

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 7.

⁴⁹ MAURA GAMAZO, Gabriel: *Op. cit.*, tomo I, pp. 254-255.



Transporte de tropas a Cuba. La vida a bordo. Distribución del rancho

les, confesó que había sido poco afortunado en su campaña, pues, al llegar a La Habana, la insurrección sólo abarcaba parte del *departamento oriental* y ahora se extendía a toda la isla⁵⁰. Añadió que la soberanía española sobre Cuba estaría perdida si no se mantuviese el principio de autoridad, y a su desaparición llevarían, como había sucedido en el resto de América, los errores y exageraciones de los españoles. Entonces, desveló la esencia del conflicto: airado, luego de aquilatar que lo echaban de la isla los abaceros, denunció que algunos querían volver a los tiempos en que se pedía la cabeza de los ocho estudiantes de medicina bajo los balcones de palacio, baldón eterno para quienes clamaron por la matanza y para la autoridad que lo consintió, y él no permitiría algo así⁵¹.

El 19, la reina viuda, la regente del reino, designó gobernador general y general en jefe del Ejército en la mayor de las Antillas al capitán general de Cataluña, Valeriano Weyler. Los recuerdos de su actuación en Cuba, durante la Guerra de los Diez Años, hizo que dos mil cubanos pidieran de inmediato su pasaporte.

El día 20, luego de entregar el mando a Sabas Marín, Martínez Campos tomó el *Alfonso XII* en la bahía habanera y marchó a la Península. Probablemente, en aquel momento, un chispazo de anticipación preñó su mirada, porque afirmó que con él se llevaba plegada la bandera española.

Mientras, en la provincia más occidental del país, los mambises habían repetido el mismo guión del paso por La Habana. Pero esta vez, en el cruce, se limitaron a advertir a los ingenios que no podían hacer zafra y no quemaron sus cañas. Sólo se destruyó el ingenio Gerardo, porque se comprobó que su propietario estaba colaborando con las fuerzas enemigas. Las partidas pinareñas ya alzadas, integradas por no pocas personas de arraigo, iban sobre la marcha incorporándose a la hueste invasora. No pocas veces, las calles de caseríos y poblados fueron holladas por los cascos de la columna y en oportunidades, ante alguna resistencia, ocupados por la fuerza.

Como en Matanzas y La Habana, en Pinar del Río grupos de habitantes aclamaban al ejército mambí. A veces lo hacían hasta los peninsulares, atemorizados por la continua repetición en la prensa de cuadros de terror y bandolerismo por parte de los hombres que llegaban del Levante. También se reflejaba sobresalto en algunos cubanos, que no comprendían que aquellos hombres morían por ellos. Más adelante, al comprobar la conducta de los mambises, todos tenían que concluir que les habían mentado. Por tanto, la invasión obtenía resultados no sólo militares sino directamente políticos.

⁵⁰ ORTEGA Y RUBIO, Juan: *Op. cit.*, tomo III, p. 10.

⁵¹ GOICOECHEA, Leopoldo de: *Op. cit.*

En tanto Antonio Maceo avanzaba con suma celeridad hacia los remates de la isla, Máximo Gómez en su campaña llamada de La Lanzadera luchaba en La Habana para aligerar las fuerzas que pudieran ir en persecución del héroe de Peralejo. Entonces, la provincia se estremeció por numerosas acciones, ataques a poblaciones de Guanajay. En aquellos momentos, el día 16, desde el ingenio San Antonio, el general le escribió a Martínez Campos, en un esfuerzo para hacerle comprender que Cuba estaba perdida para España y lo único sensato consistía en concederle la independencia y, si lo hacía, ganaría su gratitud eterna. Añadió que era la hora de que España detuviera la sangre y la tea, y le aseguró a su adversario: *Puede usted hacer mucho en favor de ambos pueblos porque es el único (que yo entiendo) que comprende la situación insostenible para usted, tan honrado como patriota (no hablo de valor), y por lo tanto de lo inútil que son sus esfuerzos y sacrificios, combatiendo las huestes libertadoras resueltas a no cejar un punto hasta realizar sus propósitos. Es un tiempo precioso de salvarse España en América si piensa y concede. De lo contrario fuego y sangre es lo que manda el decoro y el honor. ¡Eso haremos!*⁵²

El general español le respondería a Gómez cuando ya nada podía hacer, porque, desde un día antes de recibir la misiva, Madrid lo había relevado del mando. En la respuesta le decía que por esa razón se limitaba a acusarle recibo y, además, porque no había entendido qué le quería decir. Aunque no caben dudas en relación con el mensaje que le transmitía el viejo caudillo; quizá la incomprensión del militar español se debía al giro en que se mencionaba el término *concede*, el cual tal vez percibió como una propuesta de pactar la autonomía. Por añadidura, sobre esta carta *El Tiempo* de Madrid publicaría una versión totalmente tergiversada, según la cual el jefe de las fuerzas cubanas le habría planteado al general español la búsqueda de la paz por cualquier medio⁵³.

Gómez conoció casi enseguida del relevo de su adversario. Tenía que alegrarle, porque estaba convencido de que, si Martínez Campos no había logrado vencer, ningún otro general del país ibérico obtendría ese mérito. Su salida constituía el primer síntoma de la derrota española, a pesar de los alrededor de ciento veinte mil soldados y más de sesenta mil voluntarios desplegados en la isla⁵⁴, sin contar los guerrilleros. Ahora tendría que lidiar con Weyler, quien el día 25, después de ser bendecido por el obispo de Bar-

⁵² Cuando el país llama. *Epistolario*. La Habana, 1990, pp. 101-102.

⁵³ GÓMEZ, Máximo: *Op. cit.*, p. 536.

⁵⁴ MAURA GAMAZO, Gabriel: *Op. cit.*, tomo I, p. 267; COLLAZO, Enrique: *Cuba independiente*. Santiago de Cuba, 1981, p. 124.

celona y puesto bajo la protección de la Virgen, tomaría en Cádiz el *Alfonso XIII* rumbo a Cuba.

Mientras, el caudillo santiaguero, después de combatir en Las Taironas y Tirado, entró en Guane. Se hizo sumamente interesante ver cómo pareció acentuar en la región, aún más, la política de respeto a la propiedad y cordialidad con todos, amigos y enemigos y, por fin, el 22 de enero, llegó a la última población de la provincia, Mantua. Con su entrada en el poblado y la firma solemne en el ayuntamiento de un acta que acreditaba su llegada hasta allí, para que el mundo fuese testigo del hecho y resultase innegable, había coronado la invasión y devenía junto con el generalísimo Gómez el protagonista de una de las proezas militares del siglo, como lo reconocerían militares e historiadores de varios países.

En noventa y dos días y a lo largo de más de mil setecientos kilómetros las fuerzas invasoras habían recorrido de hecho Cuba de extremo a extremo, sostenido veintisiete combates, ocupado veintidós pueblos y capturado unos dos mil fusiles y alrededor de ochenta mil cartuchos⁵⁵. A pesar de que, al decir de Miró Argenter, no había significado el quebrantamiento de las armas españolas y llevado al cansancio a la metrópoli⁵⁶, la hazaña había logrado un triunfo estratégico: poner en pie de guerra la isla entera y hacer que cubanos ajenos al independentismo y peninsulares borrarán su mala imagen sobre el ejército mambí. También, una cuestión supletoria y no menos importante sucedería: se sellaba por las armas el vínculo entre los cubanos de los extremos del país. Un remache más en la consolidación de la nacionalidad.

Resulta muy interesante la valoración que, al venir de un adversario, hizo de la campaña el general español Salcedo: *El avance simultáneo y audaz de estos dos jefes (Gómez y Maceo), es asombroso, y aunque la invasión se había anunciado con dos meses de anticipación, nos hallamos ahora persiguiendo a un enemigo perfectamente montado, con jinetes expertos que se enfrentaban con nuestra infantería, la cual apenas conocía el arma con que peleaba. Ellos, con la aureola del fuego de los cañaverales a su vanguardia, marchaban triunfantes, eludiendo las plazas armadas en su órbita de acción; cruzando la Trocha de Júcaro a Morón, soberbia defensa militar que habría sido infranqueable de haberse colocado allí oportunamente dos divisiones de caballería compuestas de tres brigadas, con la ayuda táctica de infantería en puntos estratégicos. Pero como nada*

⁵⁵ MIRÓ ARGENTER, José: *Op. cit.*, p. 279.

⁵⁶ *Ibídem*: p. 249.

de eso se hizo a su debido tiempo, los insurrectos invadieron victoriosamente las provincias de Camagüey, Las Villas y Matanzas. Se posesionaron del sistema ferroviario, que destruyeron, no bárbaramente, como se alegó, sino como lo demandaba el arte moderno de la guerra. Se apoderaron de cabalgaduras frescas que hallaron a su paso por los pueblos, haciendas y praderas de ese rico territorio, y se lanzaron corajudamente a las provincias de La Habana y Pinar del Río con asombro general y en conformidad con sus planes preconcebidos⁵⁷.

⁵⁷ Citado por Horatio Rubens en *Libertad; Cuba y su apóstol*. La Habana, 1956. p. 196.

BIBLIOGRAFÍA

- FUERZAS ARMADAS REVOLUCIONARIAS: *Historia de Cuba*. La Habana, 1981.
- GUERRA, Ramiro y otros: *Historia de la nación cubana*. Tomo VI. La Habana, 1952.
- HERNÁNDEZ, Eusebio: *Maceo: dos conferencias históricas*. La Habana, 1990.
- IBARRA, Jorge: *Ideología mambisa*. La Habana, 1972.
- INSTITUTO DE HISTORIA DE CUBA: *Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales, 1868-1898*. La Habana, 1996.
- LUCIANO FRANCO, José: *Antonio Maceo; apuntes para una historia de su vida*. La Habana, 1989.
- MARTÍ, José: *Obras completas*. La Habana, 1975, tomo XIX.
- PORTUONDO, José Antonio: *El pensamiento vivo de Maceo*. La Habana, 1971.
- PÉREZ GUZMÁN, Francisco: *La guerra en La Habana*. La Habana, 1976.
- REYNA COSSÍO, René: *Estudios histórico-militares sobre la Guerra de Independencia de Cuba*. La Habana, 1954.
- SOUZA, Benigno: *El generalísimo*. La Habana, 1986.